

LA CRUZ

Y LA MEDIA LUNA

POEMA HEROICO DEDICADO
A CANTAR LA ACCIÓN DE

D. SANCHO EL FUERTE

DE NAVARRA, EN LA BATA-
LLA DE LAS NAVAS DE TO-
LOSA Y A LA ADOPCIÓN DEL
ACTUAL ESCUDO DE NAVARRA

POR

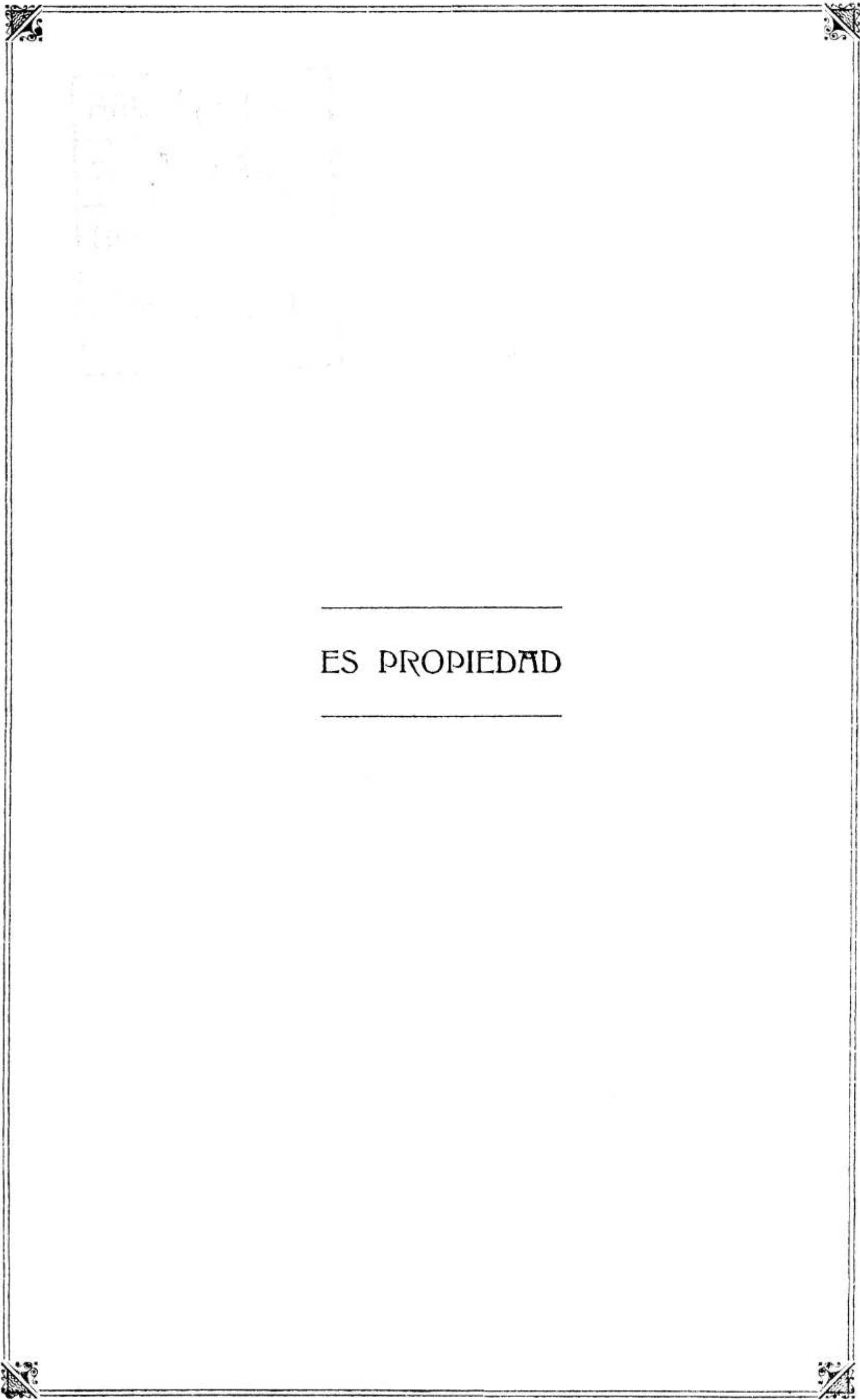
ADULFO VILLANUEVA GUTIÉRREZ

PBRO. DE LAS ESCUELAS PIÁS

ILUSTRACIONES DE LLOBET

LEMA: ≡ FUEROS
Y CADENAS

Imp.-Lib. Montserrat
Fernando VII, n.º 43
:: BARCELONA ::



LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHITECTURE
OF THE
METROPOLITAN MUSEUM OF ART
1000 MUSEUM AVENUE
NEW YORK, N. Y. 10029

ES PROPIEDAD

A LA EXCMA. DIPUTACIÓN FORAL

: : : : : : : DE NAVARRA

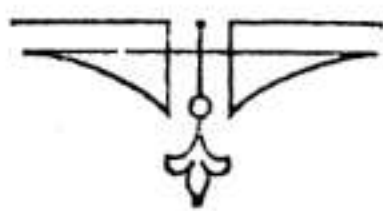
EL AUTOR

PRÓLOGO

...«*Ibis in urbem*».

Sí, levanta el vuelo, belicoso ensayo, y canta las glorias de una raza de titanes, de un pueblo de inquebrantables convicciones. Hallarás en tu curso quien aplauda tu imparcialidad y quien ahogue tus clamores. No importa; besa este polvo en que has nacido, que también la violeta perfuma las plantas de quien la hollara y no vaciles en cantar donde llegue tu bien intencionado vuelo las hazañas del titán Sancho el Fuerte, que no has de escatimar loores, a quien tantos merece, por la obscura tendencia de quien no te crea digno de ninguno. Suene en tu concierto el clarín, la trompa y los adufes; avezado has de estar al triunfo, al

ataque y a la estratagema de la lucha, no te ha de sorprender la emboscada, ni la infidelidad de quien se le antoje fiel de balanza, cualquier elástico filamento de parcial criterio. Canta, las glorias de Navarra inmortal, pues que tienes en su cielo bebida la inspiración y en su hazaña adoras la mano del Señor y no hay por que mancillar tan immaculada gloria. Sí, canta el triunfo de la Cruz, y abomina de la Media luna para satisfacción de cuantos se inspiran en el precioso emblema de nuestra Redención.





El es el atalaya y el vigía,

PRELUDIO

SUMARIO.—INVOCACIÓN: S. Miguel in
Excelsis. Llor al Gran Custodio de las Tradiciones Vasco-Navarras.

¡Genio del Aralar, divina lumbre
que doras estas *bárdulas* regiones,
Celeste mensajero
de Jehová, colocado en esa cumbre,
para guardar la Fe de los vascones...
Heraldo de la luz, yo te venero!..

Trepando por la senda pedregosa,
el alma arrebatada,
la frente sudorosa,
la inspiración cautiva por el peso
de una inmortal Cruzada,
llego a tus plantas, con amor las beso,
y advierto que me miras,
y con el estro de tu luz me inspiras.

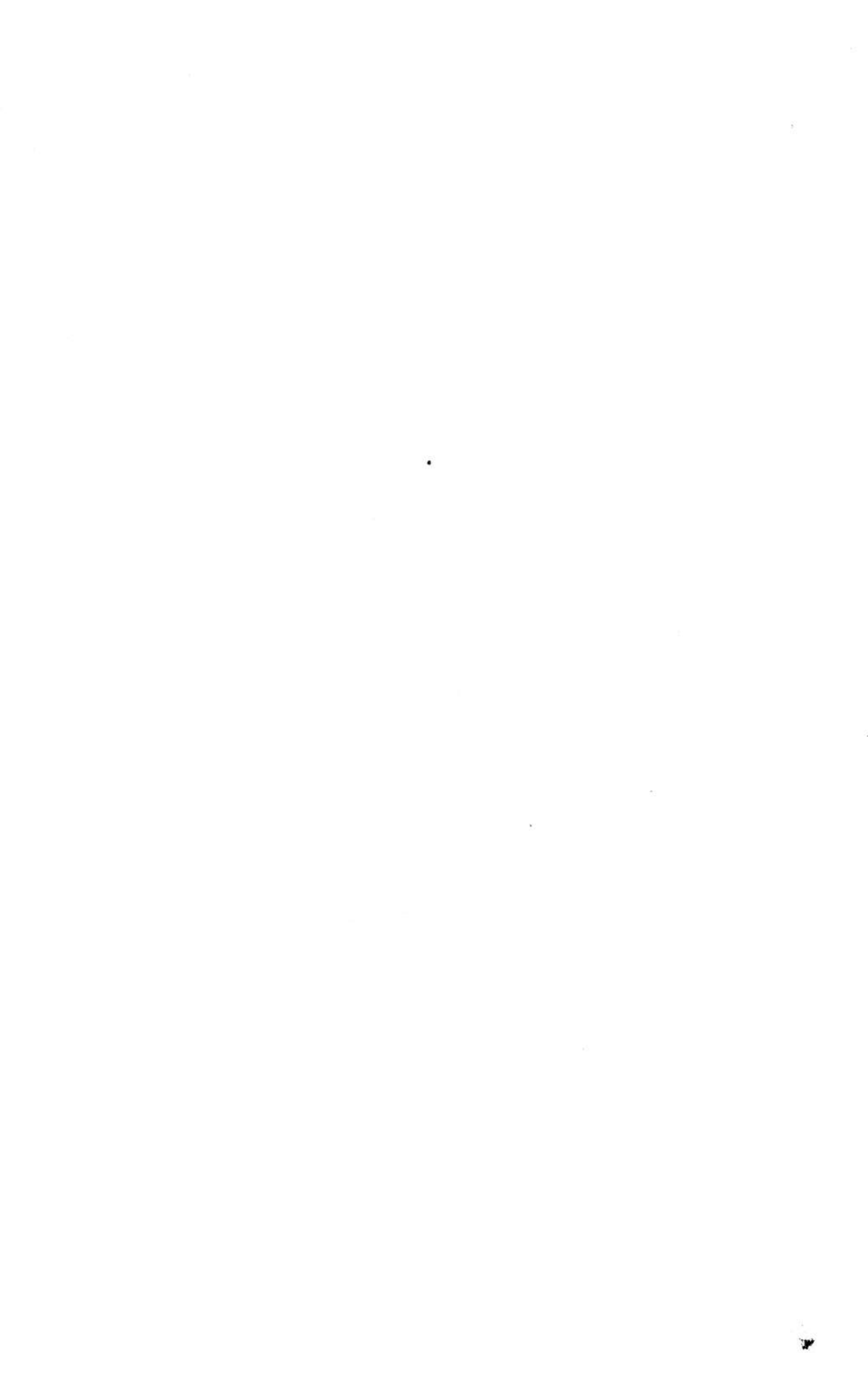
Pedí con fe; cruzó por el espacio
el Angel del Señor, y en un instante
el *Monte Excelso* se tornó en palacio,
y cual río de luz que se despeña
entre prismas de espejos y diamante,
brotó la inspiración, audaz, risueña...
saltando a borbotones
de aquel fanal de vascas tradiciones.

El es el atalaya y el vigía,
que custodia esta raza immaculada;
El dió arrojo sin par y valentía
al héroe de la épica jornada
que pretende esbozar mi fantasía.

Es águila de luz que entre las brumas
que envuelven los peñascos
de su etérea mansión, sacude el vicio
al agitar sus irisadas plumas,
y no deja posar entre los vascos
el ave del infausto maleficio,
la malhadada arpía
que anida en la torpeza y en la orgía.

Cuando miro esa cumbre sin ejemplo,
me imagino a Navarra convertida
en espacioso templo,
con el vario tapiz que el campo teje,
y el cerúleo florón de su horizonte;
su altar es todo el monte
y el Angel, el Patrón que la protege.

¡Genio del Aralar, divina lumbre,
que doras estas *bárdulas* regiones...
Celeste mensajero,
de Jehová, colocado en esa cumbre,
para guardar la fe de los vascones...
Heraldo de la luz, yo te venero.
Desde tu altar presides
el lírico torneo
de esta lid, la más noble de las lides;
y al demandar la gloria del trofeo
en tu bondad confío;
el triunfo será tuyo, nunca mío.





No miran más allá los bereberes.

CANTO I

SUMARIO.—La Fe y el Islamismo.—Hay que luchar. — Eternidad del premio.—Cielo cristiano y Cielo mahometano.

Abrazada a la Cruz la Fe solloza,
tinta en sangre cristiana; y en su seno
el áspid islamita la destroza,
sintiendo su veneno,
cuál pérfido gotea
queriendo emponzoñar su eterna idea.

Pero al través de la tupida gasa,
con que cubre sus ojos lastimeros,
ve la luz eternal, esos luceros,
imagen de un amor que nunca pasa,
huella de un Dios de eterno poderío
que pudiera secar todos los mares,
como invisible punto de rocío,
y hacer temblar del mundo los sillares
con el solo pensar de su albedrío.

Huellas de un Dios, que oyendo una ple-
(1) ha cedido a la Fe poderes tales (garia,
que al encanto de un aria
pueda arrastrar los montes, como arenas,
y detener los túrbidos raudales
en sus dulces y líricas cadenas
con más poder que Orfeo,
que sólo en sueños realizó el deseo.

Pero la Cruz, enseña redentora,
del Dios de las batallas,
es arma luchadora,
es lábaro sangriento,
terror de las murallas
con que ciñera Lucifer su asiento.

Es signo triunfador que se sublima
para vencer, hasta llegar al Cielo,
arrojando después desde esta cima
al osado rival a su escabelo
de bíblicas montañas,
que nutren un infierno en sus entrañas.

El cristiano impasible que dormita
a la celeste sombra de este leño
en la paz ilusoria de un ensueño,
no es digno de la Cruz por que milita.

(2) Es la vida una lucha que no cesa;
tempestad de reñidas aventuras:
surge un horror, anima una sorpresa,
se ven en lontananza los laureles,

y deshechas al fin las ligaduras,
y flotando sin remos los bajeles
en turbiones de espumas y zozobras,
suena el clarín del triunfo, se divisa
la Fe dando valor a nuestras obras,
y trocando las penas en sonrisa.

El instante final con ser un punto,
un meteoro fugaz, un ¡ay!, un nada
es algo aterrador en su conjunto:
—...Es derrota o es gloria conquistada.
La lucha llega al fin y el buen cruzado
al hundirse el bajel, al ver la muerte
separando la vida de la escoria,
ve una Cruz, santo emblema de su suerte
que le sirve de nave hasta la gloria.

Esa Cruz, que en el Cielo le corona,
es aquí llave, que su tumba cierra;
clavada sobre el polvo, no abandona
a quien por ella pereció en la guerra;
parece una señal... un dedo augusto
que dice al pensador:—«Allá hay un justo.
Yo guardo su armadura aquí en la tierra».

Cristiano y luchador, todo es lo mismo,
pues la subida al Cólgota es sangrienta;
quien no va a destrozar el islamismo,
tendrá en su pecho otra batalla lenta,
que el mal no da cuartel a sus legiones,
y sin cesar en la mentida calma,

verá con pena el alma
que tiene que luchar con las pasiones.

Así lanzaba yo mi desconsuelo,
como arrullo de tórtola que gime,
temiendo ser estéril su desvelo...
y la esperanza descorriendo un velo
aplaude mi sentir y exclama:—«Dime,
no contemples tan solo la amargura
de esas horas de lucha encarnizada;
es una pena efímera, soñada,
seguida, en premio, de eternal ventura.

¿Qué es todo ese vaivén, ese debate,
ese cruzar en lágrimas el mundo,
si nuestro pecho late
en la inquietud apenas un segundo,
si pasa nuestro sér sin dejar huella,
como cruza un halcón el firmamento,
como grumo de espuma que se estrella,
como nube de polvo que alza el viento...?»

Eso es la humanidad, un torbellino
la quiebra, la confunde, la enfurece;
divaga en busca de feliz destino,
y todo en un instante desaparece;
y libre el alma de su altivo lodo,
siente una fuerza que hacia Dios la eleva,
por esa ley universal que todo
a su región correspondiente lleva.

Y llega a aquel Edén de luz y amores

incapaz de pintar la fantasía,
de los astros son tosca pedrería,
que arrojan sus dichosos moradores,
porque del Sol de aquel eterno día
mil joyas ven caer mucho mejores.

Es reñida la lid, pero a su lado
el premio es tan inmenso,
que no es ni un grano de menudo incienso
con los montes de Arabia comparado. . .

Pliega tus raudas alas
y desciende un momento de esa esfera
do mora Sabaoth, no te sublimes
osada inspiración; aquí te espera
mal encubierta en transparentes galas,
la soñada beldad de los muslimes;
un infame que vió su cobardía
vacilar del placer en la batalla,
y dió vuelo a su torpe fantasía,
improvisó una dicha que avasalla
con necio despotismo
y arrastra al infeliz hasta el abismo.

La sombra es su palacio; el sicomoro
vergonzante se humilla, como amigo;
un manantial y un pájaro sonoro
son del crimen el único testigo.

Se ven tiendas de impúdicos celajes;
entre abalorios crujen los encajes;

al través de girones indiscretos
brillan dijes sin fin y brazaletes,
de un bruñido atagán la empuñadura,
y mil ritos heróticos, secretos;
se oyen danzas, tambores, sonsonetes,
y arranques de oriental desenvoltura.

Más allá, sobre el agua, boga llena
de placer de Aben-Zaide la canoa,
esculpida en marfil sobre la proa
una cabeza de gentil sirena;
cual flotante mezquita, caprichosa,
arrullada por ondas inseguras,
que vacila, no hallando el derrotero
como tiembla en su vástago la rosa,
y en medio de brocadas colgaduras
blasona de beldad una sultana
mirando con desvío
á cuatro esclavos de incansable brío
medrosos de manchar la rica grana
si del remo salpica algún rocío.

No miran más allá los bereberes;
en su infeliz miseria
mirando por un prisma de materia
no encuentran en Alá más que mujeres.

Un turbante de raso y esmeralda,
terminado en bruñida media-luna
a guisa de guirnalda.
un harén que se agita y danza y rueda

y a emires soñolientos importuna;
la hurí cubierta de traidora seda,
y ese compás de torpe melodía,...
es un cielo muy bajo para el hombre;
para un alma inmortal no es cielo un día.
Por más que la morisma lo atavía,
éso de Edén no tiene más que el nombre.



CANTO II

SUMARIO.—La Cruz y la Media-luna eternos rivales.—Imposible la paz.—S. Miguel me descubre la protección de María.—Plegaria de la Inmaculada a su divino Hijo, por España y especialmente por Euzcadi.

El mundo se extremece y titubea
ante la lucha de los dos rivales;
ambos caminan tras la tierna idea
de sofocar el germen de los males,
y hallar como laurel de su victoria
una mansión de perdurable gloria.

Unos buscan la luz, el sentimiento
sublime de un amor que no se acabe;
otros la sombra, como busca el ave
nocturna la mansión de lo secreto;
y encuentran en la tierra la ventura,
y el corazón inquieto
se fascina en la frágil hermosura.



« Ya sabes, Hijo mio, — que España me interesa;

Fulgores y tinieblas, Cielo y tierra,
se encuentran cara a cara en el camino;
lanza Belial de fuego un torbellino,
y en su nombre el Islám declara guerra.

Y fuera pretender que la serpiente
triscara con el manso corderuelo;
que el águila real dejara el cielo
anidando en la atlántica corriente;
y sepultar al sol entre corales,
mientras el pez en busca de fortuna
huyera de sus límpidos raudales
al argentado seno de la luna...

pensar un solo instante
que habitasen en paz la noble Iberia
frentes de Cruz y frentes de turbante
amor de Dios y amor de la materia.

Al llegar a este punto me retiro,
penetro en el santuario,
y al genio de Aralar con un suspiro
le recuerdo el apoyo extraordinario;
y pues él es la musa que me inspira,
porque las pobres diosas del Parnaso,
ni tienen corazón, ni tienen lira
y, cantando a la Fe, son un fracaso,
otra vez le suplico de sus alas
el auxilio eficaz, que me remonte
más allá de este mísero horizonte,
y me haga ver las inefables galas
de esa región de amor que le extasía;...

Aun rodaban mis ecos por el viento,
cuando el celeste Guía,
haciendo transparentes las edades,
me mostró á la purísima MARÍA,
suplicando al Amor de sus entrañas
que guardase la Fe de las Españas,
y escuché que amorosa le decía:

«Ya sabes, Hijo mío,
que España me interesa;
que en su valor confío
la maternal empresa
de velar por tu santo poderío.
Verdad que tu deseo,
un destello no más de tu mirada,
puede mandar los mundos a la nada,
y suspender cual bélico trofeo
del cetro de tu mano
todo el poder del pueblo mahometano.
Mas sé que te complaces
en ver luchar al hombre
por defender tu nombre
de Satán y sus míseros secuaces;
España es mi elegida,
la quiero con delirio,
que son muchos los hijos que su vida
han dado por mi amor en el martirio.
Esa región fecunda,
llena de luz y flores,
que con ardor inunda

la tierra con la Fe de sus mayores,
ha de ser el fanal de mi cariño,
el honor de la Iglesia militante,
y el precioso joyel de tu doctrina,
pues sabe amar con corazón de niño,
y lucha con empuje de gigante
y en la paz canta la bondad divina.
Con un «AVE» a mi nombre, se saluda
en toda esa nación hospitalaria,
que es en la lucha por mi amor tan ruda
como tierna y filial en la plegaria.
«A besos roba la Columna santa
que el copioso raudal del Ebro arrulla;
y no ha cedido un punto su denuedo
en defender las huellas de mi planta,
al investir la celestial casulla
a mi siervo Ildefonso de Toledo.
Me ha levantado templos por doquiera,
y antes de ser al mundo *declarada*,
su Fe me proclamaba Inmaculada,
por ese angelical convencimiento
con que mi ser purísimo venera.
En ese acorde y general conciento,
hay una voz amante que me llama
con más pura ilusión, y sube airosa
entre montes y rocas atrevidas,
como nube cargada de timiama,
que brota de sus cúspides floridas.
Región privilegiada y valerosa,

sin tregua, sin sosiego,
de arrestos montaraces,
de corazón de fuego,
de inmaculada historia,
que prefiere morir a hacer las paces
con quien pretenda mancillar su gloria.

Esa es la Fe de Euskaria
que quiere ver su mapa convertido
en pintoresca losa funeraria,
y el campo vasco de valor teñido,
convirtiendo en bandera todo el suelo,
antes que permitir a la herejía,
roer el santo nombre de MARÍA,
y al desdichado blasfemar del Cielo».

Dijo, y España levantó la frente,
como si adormecida en dulce sueño,
fatigada de bárbaros enojos,
sintiera de repente
un rayo divinal sobre sus ojos,
como esclavo a las voces de su dueño,
como surge la vida embriagadora
entre fuentes, gorjeos y colores,
al desplegar su púrpura la aurora
y despertar del tálamo las flores...

Y sintióse vestir de fortaleza,
cual si un paje del Rey de las alturas
la cubriera de eternas armaduras,
para batallas de infernal crudeza.



¡Santiago cierra'a España!!

CANTO III

SUMARIO.—España minada por el Mahometismo se lanza a sacudir el yugo.—Pelayo, los Alfonsos, Fruela.—Clavijo El Alfranc (Euzcadi).

Cada siglo que pasa sufre y calla,
viendo de Hiberia la agarena suerte,
y huye del mal dejando como huella
una marcial centella,
que en Etna se convierte
y por distintos cráteres estalla.

Ese norte encrespado de penachos
de pedernal, al choque
de la corva e infame cimitarra
deja saltar, no chispas, no, muchachos
de sangre astur y de lealtad navarra,
pues no hay uno que férvido no invoque
el auxilio del Alto poderío;
y se lanzan, desnudo el noble pecho,

como raudal de lava que se agita,
y en vórtices deshecho,
arrolla harén, walíes y mezquita.

Se arrojan con la fe de quien no duda
del triunfo lisonjero;
el Cielo les escuda,
y el inmortal guerrero,
que manda como jefe, me parece
la encarnación de un rayo
que a un ángel obedece...
todo eso lleva el alma de Pelayo.
Salió de entre peñascos, de una cueva,
—que bien de *Cueva de Honga*, el nombre
el León de la hispana reconquista; (lleva—
cual brota humilde la liviana arista,
que da lugar al gigantesco cedro;
que todo lo que es grande siempre imita
al árbitro divino,
que hollando tronos, vanidad y medro,
cuando a la tierra vino
nació en humilde cueva betlenita.

Sigue la Fe arrastrando su carroza,
con Alfonso primero entre laureles,
y al rápido volar de sus corceles,
entre los cascos el walí solloza,
y a Córdoba se fuga con la idea
do lanzarse de nuevo a la pelea.

Alzan a Alá los brazos los faquíes,

las sultanas envueltas en aromas,
se desprenden de perlas y rubíes,
y como tierno arrullo de palomas,
como remedo de oración inquieta,
suplican al Profeta,
no desprecie el orar de sus huríes.

Mas siguen los Alfonsos en Oviedo,
y apenas un Hixén les sale al paso,
sube de punto el español desnudo
e Hixén lamenta su postrer fracaso.

El pueblo sarraceno
se revuelve en sus tiendas convulsivo;
aumenta por instantes
el pérfido veneno,
y el arco vengativo,
sacrifica cristianos anhelantes
de aquella eterna vida
que Dios tiene al martirio prometida.

Se oye el clarín de triunfo por Bureba,
y en campos de Naharón resuena luego
un eco atronador de gloria nueva;
y las ninfas del Alceo juguetonas,
para calmar del entusiasmo el fuego,
improvisan de espuma mil coronas,
formadas en la fuga, por el vado
turbulento del pueblo derrotado.

La fama inquieta vuela,

buscando pergamino
para escribir la historia,
y lauros para Fruela,
que en Puente de Eume cumple su destino,
arrastrando a los turcos como escoria.

Mas la morisma, como sierpe herida,
se retuerce nerviosa, se agiganta,
y España decidida,
al ver que azota nuestra enseña santa,
se lanza a defender el estandarte,
en una lid do el Cielo tome parte.

El renegado Muza
apresta ya su gente,
y con arrojo cruza
por el hispano oriente,
hallando al fin del temerario giro
en Albelda las tropas de Ramiro. (3)

No cede en sus querellas,
ni en su pasión se aplaca,
al ver que se destaca
aquel que le negó las *cien doncellas*...
y no halla campos en la hispana muga
para volar en vergonzosa fuga.

Y Lucifer pretende
vengar tamaño agravio,
y con su aliento enciende,
nuevos arrojios en el pecho arabio.

Se abraza el rey cristiano al Crucifijo,
lo graba en su bandera,
como girón de un alma, como hoguera
formada de entusiasmo, y en Clavijo
se encuentran las legiones
de Ordoño y Muza como dos leones...

El combate es horrendo, vuelan flechas
hendiendo el puro cielo,
ambas tropas vacilan ya deshechas,
y lleno de cadáveres el suelo,
el hispano monarca se retira,
un momento a la tienda de campaña;
en el fragor apenas si respira,
su blanca sien empaña
el polvo y el sudor; y en un instante,
como visión o sueño, como aviso
venido del cristiano Paraíso,
ve al Apóstol Santiago rutilante
en los aires, cual águila de llama,
en un blanco corcel, como si fuera
condensación del viento
con sangre y con aliento;
y el mahometano brama
de horror ante Santiago,
que agitando en su diestra por bandera,
un cruzado cendal de blanca nube,
siembra el terror, el pánico, el estrago;
en su alado corcel al Cielo sube;
y desde aquella singular campaña

¡Santiago cierra a España!!

Y a ellos!! es el grito
de triunfo, de poder casi infinito.

¿Qué fué de los emires desde entonces?
La región del Afranc, esas dos razas,
que en la tierra no ven bastantes bronces,
para fundir campanas y corazas...

¿Qué hicieron entre tanto?
Dónde está su entusiasmo por lo santo?
Ocultas entre rocas, entre monte
no se puede seguir su derrotero;
sólo el Señor divisa el horizonte
de su combate atlético, certero,
que se desarrollaba por instantes
destruyendo mazmorras y turbantes.

Tiembla Mahomed del Iñigo García
y arrebatando al hijo del monarca,
se juzga vencedor, mas llega el día
de besar hasta el polvo de su trono.
Por Monjardín asciende Sancho Abarea
y tanto arrecia su sagrado encono,
que Nájera, Becaria, y Calahorra
se humillan al cristiano.

No halla el Califa Hixén quien le socorra;
llega Almanzor... en vano
porque a Sancho el mayor le sobra pecho
para atajar su orgullo más que humano,
y pronto queda su poder deshecho.

Algo grande, algo inmenso se avecina,

suenan el nombre fatal de Almoravides,
de Almohades y más... sobre la ruina
del califato muerto en tantas lides,
se improvisan los Taifas al momento,
reinos de un día, efímeros castillos,
que formaron en sueños sus caudillos,
cual los levanta con arena el viento.

España se prepara
para vencer del todo;
no puede soportar que hasta la cara
le arroje el musulmán el torpe lodo.
—Y quiere, o toda convertirse en ara
de holocausto, muriendo en santa guerra,
o a la Fe levantar un monumento,
que ha de tener por pedestal la tierra,
por coronada frente el firmamento,
y para corazón... este capullo,
que se llama Navarra... y con orgullo.



CANTO IV

SUMARIO. — El aguerrido Sancho el Fuerte, de Navarra.—Tan guerrero como de tierno corazón.—Muestra, su último idilio con Kelmira.—La insta al Bautismo.—Legados de Navarra.

Esos brazos de acero en el combate,
saben trocarse en vínculos de seda
en torno de odalisca idolatrada;
que casi siempre silencioso late
un corazón de niño y alma leda
bajo dura coraza salpicada
de sangre y de trofeos
en mil luchas azares y torneos.

Protector de Enacer, sufrir no puede (4)
al déspota africano,
al avaro Brahén, que nada cede
de cuanto Aben-Jacub, menos tirano,



te colgará mi amor... la Cruz bendita.

en tiempos concertara
con el audaz cristiano,
defensor de Navarra y de la Tiara.

Aquel Bey despechado, que a caballo
pateara la faz de sus traidores,
que arrastró al pueblo como arista seca,
que adormido en el opio del serrallo,
se olvidó al fin de luchas y favores,
gime y muere lunático en la Meca;
y el eúscaro gigante
se da a la vela, el agitado estrecho
cruza, y defiende el infantil derecho
de Enacer como bravo y como amante.

Y el Africa se humilla
al paso del Navarro, que subyuga,
y a no herirle la fama de Castilla,
todos los afros a sus plantas viera:
de las meknasias del harén tranquilo
a la verdosa fiera
que ensangrienta las márgenes del Nilo.

Tan audaz e inflexible es el valiente
en contra del rival, como de cera
cuando le miran con franqueza ardiente
los ojos de una sílfide hechicera.
Y miraron a Sancho, y en su pecho
sintió ese despotismo de los ojos
el titán de las luchas de Navarra;
y se postró de hinojos

ante ese vil derecho
que tiene la hermosura,
quien despreció la corva cimitarra,
y derrochó por Tremecén bravura.

Las traicioneras olas
del mar que oye indiscreto,
las péndulas corolas
que copiaba el Muluya de las flores,
y algún bulbul inquieto
que en el plátano canta sus amores...
son fondo de la escena
del idilio de Sancho y la agarena.

La regia hurí ceñida,
turgente el seno de hálito anhelante;
los tornátiles brazos descubiertos,
los ojos soñadores bien abiertos,
discurre en la florida
campiña entre flotante
y perfumada gasa,
que se deja sentir por donde pasa.

De pronto se detiene
su pie, no bien cubierto
por la gentil babucha;
oye a lo lejos el trotar incierto
y temblorosa escucha,
cuál galopa un corcel, se acerca, viene,
se oyen crugir brazales y aperones...
es el cristiano Rey de los vascones.

Levanta la celada, echa pie a tierra,

y a una palmera el alazán asido,
se dirige a Kelmira:—«Yo he querido
dominar en el valle y en la sierra,
por erigirte un trono, mas te pido
que me dejes arranque de tu cuello
esa imagen de mísera mezquita,
ese dije de Aláh y otro más bello
te colgará mi amor... la Cruz bendita.

Ese es el talismán que te presento
de oro de Ofir y perlas de Basora,
que ciñan tu garganta encantadora,
y eleven hasta Dios tu sentimiento.

Esas flores, mirándose en el río,
parecen rebuscar una onda pura
que salpique tu sien con su rocío,
como lo hace en las flores la mañana;
y llegando hasta el alma la blancura
pueda en Kelmira amar a una cristiana.

Cuando llene tus rizos el Bautismo,
de perlas y candor, verás cuál vuela
esa mentida luz del islamismo,
corrompida y efímera pajuela,
cabe el Sol de justicia que en su lumbre
envuelve a la cristiana muchedumbre.»

—«Me encanta tu pensar, pero vacilo;
hay en mi pecho un mundo como el tuyo;
mas tiemblo del emir el corvo filo,
el intruso Brahén no lo tolera;
y no ceja un segundo en el acecho...

Mas juro por Aláh, que yo concluyo
con mi vida... este lazo, esta palmera,
armas serán tal vez de mi despecho.»

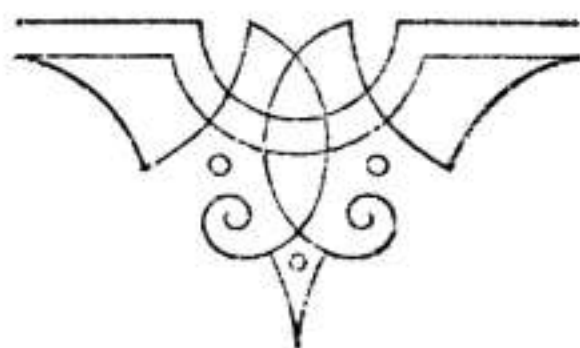
El bravo Rey la mira
con ilusión de amante;
se le fuga una lágrima a Kelmira,
se oye un trotón llegar, se ve un turbante,
es un humilde espahi; la Princesa
agita su cendal y con traidora
voz, que mal disimula su sorpresa:
—«¿Qué ocurre?» le pregunta «Son, Señora,
dos eúscaros legados...».—El monarca
monta veloz... la joven enmudece,
temiendo alguna intriga de su harca;
sigue el Rey entre breñas al vasallo;
la marcha crece y crece
y entre sangre y espumas, el caballo
llega al alcázar. — «¿Dónde están?... ¿Qué
(pasa?...»

Penetra al interior; la incertidumbre,
del curvo ventanal, la luz escasa
que da el verdoso vidrio y el encaje,
hacen que mal su turbación vislumbren
los heroicos heraldos del mensaje.

Es García, el Prelado de Pamplona,
y un caballero apuesto de Navarra.

Le hacen ver el vaivén de su corona,
ante un monarca extraño que desgarrar
la púrpura real de sus estados;

que su ausencia es fatal, que nadie sabe
los hondos resultados
de una patria sin Rey; que hay algo grave,
que se cierne en España; que enseguida
es menester el Rey en sus hogares,
pues su presencia es bálsamo en la herida,
y su espada sostén de los altares.



CANTO V

SUMARIO.—Regresa D. Sancho a su patria.—Regalos del Sultán interesado.—D. Sancho en Tudela.—Se inicia una campaña final contra los mahometanos.—Don Sancho ofendido, lucha consigo mismo al deber auxiliar a D. Alfonso.—Triunfa su adhesión a la Fe.

Pocos soles risueños
vió nacer en el Africa el monarca;
se pierde el ideal de sus ensueños;
su corazón abarca
de rey y de cristiano
un amor invariable, soberano.
Y brilla su presencia redentora,
animando a su patria, como anima
el paso de la aurora
cuando roza su manto por la cima
de todas las montañas,
derramando el calor de sus entrañas.



Contempla los cupidos, las preseas...

El emir le confunde de agasajos,
le llena de riqueza y pedrería,
quiere dorar sin duda la cadena
de una prisión honrosa que sufría
aquel magnate por salvar el trono
del hijo de Yusuf; nobles trabajos,
que pagaron los Beyes con encono,
perfidia sin igual muy agarena,

Ignoraba su mísero Profeta,
que aquel guerrero que cruzó su agreste
territorio cual rápida saeta,
a la cabeza de su noble hueste
les iba a arrebatár lleno de gloria
otra cadena de eternal memoria.

El regio amante y el marcial caudillo
medita en sus peleas
de Tudela en su heráldico castillo.
Contempla los cupidos, las preseas
de su pobre odalisca despechada;
se amontonan mil túrbidas ideas
de aquella larga y épica jornada;
lamenta la osadía
de próceres extraños,
que en su africana ausencia
sin reparar en pérdidas ni engaños,
lucharon a porfía
por desmembrar su herencia.

Aragón y Castilla

con rapidez avanza
en la muslim Sevilla,
y el emir acrecienta su pujanza,
y en el alma de Sancho se origina
una lucha de honor que le desgarrá;
ve de cerca la lid que se avecina
y el deber de un monarca de Navarra
que encuentra hecho girones
el lábaro sin par de los vascones.

¿Y ha de prestar su brazo
al que siempre trató como enemigo?...
Es recia oposición el embarazo
de su honor ultrajado por acciones
de que su patria es víctima y testigo.

Amparado en la tierra no halla medio
de convencerse; su lealtad le ciega,
la oposición se impone sin remedio...

Pero de pronto la bandera pliega,
y cual visión venida de los cielos
una legión encuentra de estandartes,
y vienen más y más de todas partes:
todos plegados sin color, sin celos;
¿Qué nación representan?... ¡Ah!... ninguna,
la nación de la Cruz, que es el remate,
que como enseña general campea,
nos dice que en el hórrido combate
contra la media-luna
todos son de un sentir y de una idea,
no son más que uno solo en la pelea.



el raudal de Cruzados va llegando,

CANTO VI

SUMARIO.—El año 1212.—El Pontífice publica la cruzada contra los mahometanos.—Se adhieren a España otras naciones como cristianas.—Campamentos en Toledo.—Se extienden por las riberas del Tajo.—D. Sancho elije lo mejor de sus huestes.

Sonó la hora fatal; Alfonso Octavo
herido desde Alarcos ya no aguanta
más tiempo ser esclavo
del corrompido islam; la enseña santa
debe triunfar del todo
y hundir a Agar en perdurable lodo.

No es guerra de naciones, es Cruzada
que levanta la Iglesia contra el moro;
es desterrar a un huésped importuno,
y surgir de una raza fatigada
de vejación y lloro,
ante un esfuerzo sin igual moruno...
Esfuerzo vil, postrera llamarada

de antorcha que termina,
explosión de un castillo que se arruina,
rugido de una fiera que fenece,...
con todo ese aparato se desploma,
aquel error que por instantes crece
la gigantesca mole de Mahoma.

Euzcadi, la región predestinada
para escoltar la Fe de sus mayores
es centellita oculta so un peñasco,
que al soplo de las hordas animada,
ya levanta hasta el Cielo sus fulgores,
ya late fiel cual corazón de vasco,
y en la ocasión estalla,
cual pedernal al choque, en la batalla.

No es España, es la Europa de creyentes,
que anhela sepultar al mahometano,
y entre filas sin fin de arrojo noble
como entre arbustos se divisa el roble,
se ven las altas frentes
de Sancho y de su ejército cristiano.

Dora los campos el fecundo estío
de mil doscientos doce,
inunda España de piedad un río,
y al misterioso roce
del eco de la voz del Padre Santo
surge doquier un celestial murmullo
de bélica esperanza;

se yergue un santo orgullo
que tiene más encanto,
y augura más completa bienandanza,
que el rozar de las auras y amapolas
en las doradas mieses españolas.

Los que bautiza el Rhin con sus raudales,
y la ligera grey del Apenino,
lamentan con los *francos* nuestros males,
y se dan al ibérico destino.

Acuden a la voz que lanza Roma
que todos en el Papa son hermanos,
dispuestos a luchar contra Mahoma,
y el yugo sacudir de los tiranos.

En la imperial Toledo
archivo de grandeza,
ceñida de apretada fortaleza,
y de templos grandiosos coronada,
improvisa mil tiendas el denuedo,
y fragua sus designios la Cruzada.
Y tanto crece el mar de aquel gentío,
que revienta los diques y se explaya
por la florida vega de aquel río,
que besando los pies de su atalaya,
se enrosca como sierpe nacarina,
que con su vista a la ciudad fascina.

La ribera del Tajo que algún día
llenara de estupor a D. Rodrigo,
es hoy también testigo
de lo que entonces fuera profecía.

Ve con ansia llegar la feliz hora
de aquella realidad consoladora.

Los árboles fabrican con su rama
albergues de esmeralda que tapiza
la floreciente grama,
y como el río sin cesar desliza,
el raudal de Cruzados va llegando,
sin descender un punto la marea
de la noble pasión por la pelea.

D. Sancho de Navarra se aproxima,
sediento de victoria,
con solo el corazón de lo escogido,
genio llamado a colocar la cima
en ese monte de valor, fundido
para ser pedestal de nuestra gloria.

No perdona detalle de osadía
en su hueste de bravos caballeros;
el distinguido Gómez de Argoncillo
lleva el regio estandarte; los aceros
desnudos y bruñidos a porfía
los cascos y broncineas armaduras,
deslumbran con su brillo,
como Rey que a luchar se disponía
atajando heroismos y censuras
de hispanos y extranjeros poderíos,
que han de juzgar de sus marciales bríos.

En torneo de bravos y naciones
luchando por la Cruz preciso era
que el Rey de los vascones

desplegase de sangre su bandera
con todo el esplendor que requería
el pugilato eterno de aquel día.

Era el 20 de Junio, y cuando apenas
arrastraba su púrpura la aurora
por las aguas del Tajo; y las almenas
al paso de la lumbre que las dora,
parecían la boca incandescente
de un cráter en acción, se vió la gente
tomar las armas, disponerse luego
y lanzarse a la lucha sin sosiego.



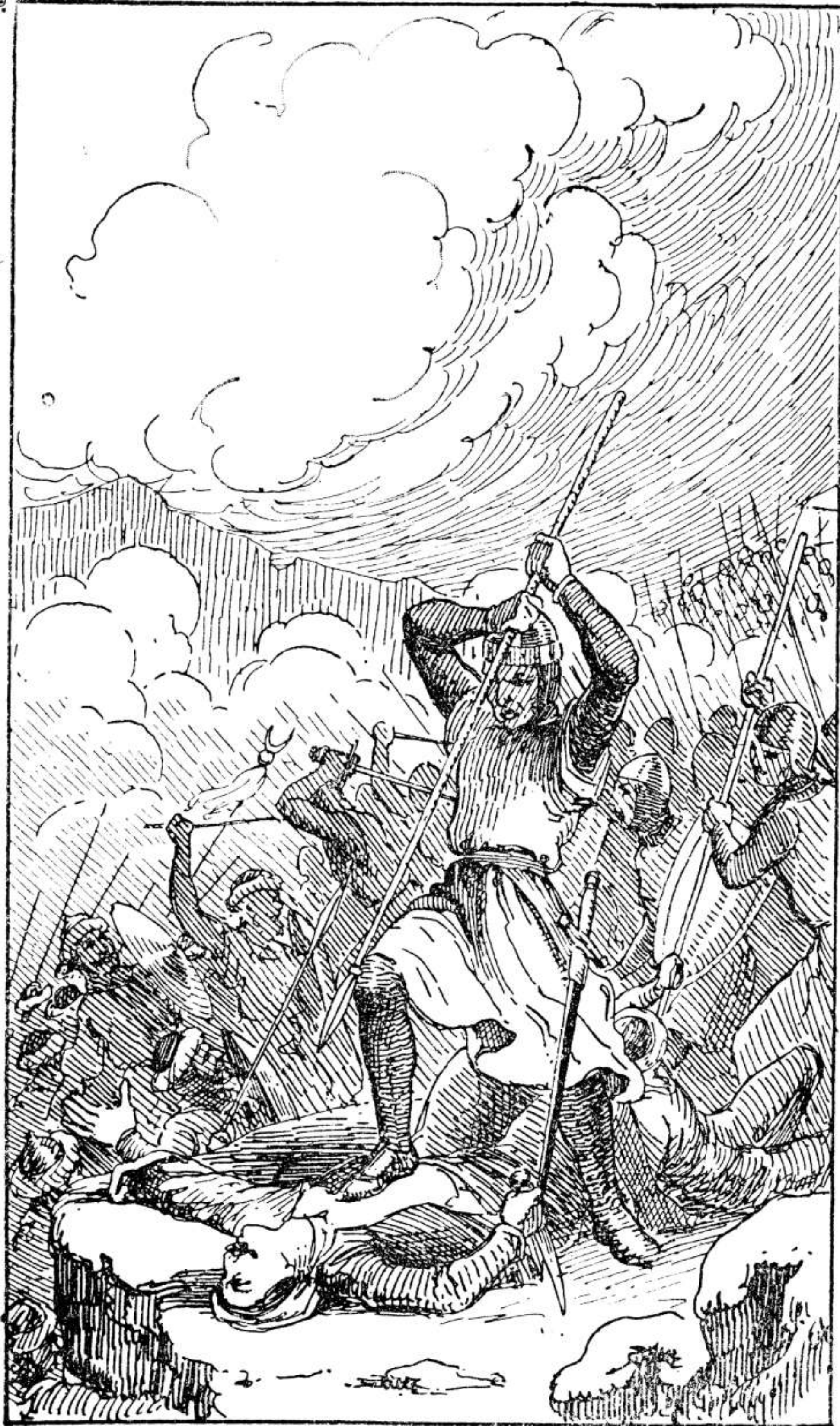
CANTO VII

SUMARIO.—El gran López de Haro.— Toma de Malagón. — Paso a Calatrava. — Se disgustan los extranjeros, regresando a sus países.—Se incorpora D. Sancho con sus valientes.—Entra en Sierra Morena.—Imposible avanzar. — El Miramamolín canta victoria.

El gran López de Haro es el caudillo
de todas las milicias extranjeras,
que como hambrientas fieras
en Malagón cayeron, y el cuchillo
humilló las cervices altaneras.

Se difundió el pavor y ya llegaba
el implacable vencedor del moro
al pie de Calatrava,
cuando Almohac, temiendo su desdoro,
ante el fracaso cierto,
redobla su poder; acude al lance
el rudo Abencalí, caudillo experto,
que temerario intenta dar alcance
a las tropas de allende el Pireneo,
que buscan el pillaje y el saqueo.

El español no admite en quien se humilla



luchando a solas con el pueblo ibero.

el fiero ensañamiento y pone coto
al furor de la turba que acuchilla;
sigue el nó de protesta, el alboroto
de quien fué más avaro que cristiano,
y se va despechado el extranjero,
quedándose el furor del otomano
luchando a solas con el pueblo ibero.

En verdad que tamaña concurrencia
de todas las naciones fuera acaso
restar honor a España;
permisión de la augusta Providencia,
que aleja al punto el hálito que empaña
nuestra gloria sin par, abriendo paso
a nuestras armas porque luchen solas,
y venguen sin apoyo las injurias;
que después de aguantar las turbias olas
de aquel mar de impiedad por seis centurias,
al llegar el momento de la gloria
no es justo hacer de ajenos la victoria.

Pero es gente selecta y esforzada
la que lleva el fortísimo Navarro,
alma de lumbre, y en la lid forjada
con pecho de guijarro,
que lleva por coraza inmaculada
un santo escapulario,
o devota medalla de un santuario.

Se impacienta el valor, el tiempo acosa,
amontona su gente el enemigo;

los tres Monarcas, cifra misteriosa,
revistan el ejército; se escucha
la autorizada voz de D. Rodrigo,
el genial Arzobispo de Toledo,
que inflama el corazón para la lucha,
y llena al turco de espantable miedo;
es hermoso el conjunto, la pujanza
de aquella masa que se mueve a una
y se trueca en certeza la esperanza
de acabar con la infausta media-luna.

Ya la semana del pavor se inicia,
con temerario arrojo,
sin ver abismo, vendaval, ni abrojo
que detenga la ibérica milicia;
sin que el ardiente sol, ni la negrura
del nocturno crespón detener pueda
el paso del valiente López de Haro,
que avanza sin reparo
escudriñando el valle y la espesura.
Cruza el *puerto* fatal y la *fresneda*;
y de *gualdafajar* el vil torrente
se riza de placer, y arrulla al viento
orgullosa de ver el campamento
de la cristiana gente.
La cumbre es escarpada;
Sancho Fernández y Muñoz sobrinos
del aguerrido de Haro, no hallan nada
que perturbe sus bélicos destinos.
Cortan brezales, improvisan senda

para ganar la cúspide... y se cruza
una enemiga flecha, asaz traidora;
pero pasó fugaz la escaramuza,
y se pudo montar la blanca tienda
que puso en fuga a la mesnada mora,
y el pabellón de España
quedó flotando al fin en la montaña.

D. Pedro, D. Alfonso y el valiente
D. Sancho de Navarra, en el estribo
de la roquiza y desigual pendiente,
mandan alzar su campamento altivo,
como marcial aparición que reta
a toda la vanguardia del Profeta.

Se ve el castillo del Ferral que en vano
pretende defender el otomano,
y aunque todo un carcaj de ardientes flechas
van cruzando el espacio como el viento,
todas sus tiendas en pavés deshechas,
sirven sólo de alfombra al campamento
que los cristianos reyes
levantan sobre el polvo de los beyes.

Mas... ¡ay! queda el misterio de la cumbre;
fragosa sin igual Sierra-Morena,
esconde una infinita muchedumbre
que la espesura llena,
y es un avance serio,
lanzarse a deshacer aquel misterio.

El camino de Losa es el más breve;

pero ¿quién asegura que avanzando
no aparece el sultán en forma aleve
con aquel aluvión de musulmanes,
tan ávidos de mando
como hambrientos de trágicos desmanes?.

Retroceder para buscar oriente,
fuera amago de fuga muy funesto;
cerrar los ojos y avanzar de frente,
es crimen manifiesto;
valor y arresto sobra
para no vacilar en la zozobra...
Más de avanzar o no, de errar el paso,
depende la victoria o el fracaso.

D. Sancho deseara
la columna de luz del pueblo hebreo,
o de Moisés la vara,
que diera solución a su deseo.
Divisan a lo lejos una nube,
que aparece y se esconde en la espesura,
que hacia la cumbre sube,
para ganar la inaccesible altura...

Avanzan sin saber en donde pisan,
ya aquí se yerguen formidables riscos
como escuálidos guardas del terreno,
ya se ve por allá el profundo seno
de un abismo preñado de moriscos,
que ocultos en las fallas
se resignan a bárbaras batallas...

Sancho no ve para sus plantas tierra,
desfiladeros, riscos, peñascales,
infaustas angosturas de la sierra...
¿Quién puede conjurar tamaños males?

El Miramamolín no titubea;
dice el santón que el triunfo está seguro,
mientras en torno vea
de los esclavos el devoto muro,
que no puede ceder en la pelea.

Ya Baeza y Jaén por el trofeo
se dan a la pasión de sus altares,
y se anima el harén y en el bureo
se dedican al triunfo mil cantares.

Las tropas de Ismael en la algazara
publican la victoria por doquiera,
y se ven con perfume ungir la cara
las lúbricas sultanas
por la fiesta patriótica, y entera
victoria de las huestes mahometanas.

«Tres monarcas cristianos he sitiado
con el estrecho cerco de mi tropa;
mañana el triunfo sonará en Europa;
el poder del cristiano ha terminado».

Así sueña Enacer, y así lo dice
a Baeza y Jaén... el infelice...!!!



CANTO VIII

SUMARIO.—Dios no puede abandonar a sus hijos.—D. Sancho acude al Cielo.—El pastor Martín Hala-ja.—Los cristianos hallan el camino hasta la cumbre.—Desaliento en el enemigo.—Los cristianos se disponen sin precipitación para la lucha.—Arenga del Arzobispo.

El Dios de las batallas
que hace arder las montañas con sus ojos;
el que partió el Jordán en dos murallas
de líquido diamante
y uniólas al instante
anegando en el mar de sus enojos
al enemigo de su pueblo amante.

El que clavó cual *linda* mariposa
el sol en el espacio
a la voz de Josué, porque le urgía
que acabase la lucha con el día...

¿Dejará se desplome su palacio,
que se rasgue su púrpura preciosa...



Venid, os mostraré la senda clara;

pues todo eso es la Fe de los cristianos,
sus súbditos, sus hijos, sus hermanos?

¿No hay ángeles cubriendo, como nubes,
su celestial imperio?

Potestades eternas y Querubes
que cruzando de un vuelo el hemisferio
puedan trocar en luz aquel misterio?...

Dios contempla esa Fe que puede tanto,
que da alas a los montes y se vuelan...
y no faltan prodigios que revelan,
la intervención de Aquel, tres veces Santo.

Sancho no ve para sus plantas tierra,
desfiladeros, rocas, peñascales,
infaustas angosturas de la sierra.

¿Quién ha de conjurar tamaños males?
Alfonso Octavo gira su mirada...
empieza el desaliento, desespera,
mas de pronto aparece un ser humano,
o celestial,—porque en aquel paraje,
un humilde zagal, es sueño vano,
que surja de las rocas;—lleva traje
de simple pastorcillo y no me extraña
que el Cielo use un pastor en esta hazaña;
que empresas superiores
han anunciado al mundo los pastores.

Espíritu inmortal, fantasma u hombre,
se presenta con aire decisivo;
Martín Halaja de Goltrán, su nombre
debe esmaltar las páginas que escribo

y dar luz a mi pobre fantasía,
para esta trova colosal que empieza,
que en esa cumbre de épica grandeza,
también la inspiración precisa guía.

—«Yo conozco, Señor, este camino,
venid, os mostraré la senda clara;
que fuera un desatino
vagar por estas sierras sin destino».
Su Fe sincera se le ve en la cara,
que refleja honradez, verdad y anhelo
de cumplir la misión que le da el Cielo.

López de Haro y García de Romeo
siguen ansiosos a Martín y exploran
con minucioso ojeo
el oculto, estratégico rodeo
que sus rivales de seguro ignoran.

El corazón entonces oprimido
brinca de gozo en la mansión del pecho.
La buena nueva corre en el estrecho
desfiladero, cual voraz centella
en un campo de pólvora tendido.

El 14 de Julio amanecía,
deslizando su góndola de grana
por el azul espacio,
como divino augurio de su suerte,
brotando entre perfumes la mañana
de un sábado feliz; D. Sancho el Fuerte
abandonaba su telar palacio

improvisado con marciales tules;
albergue de inquietud, que algún momento
más pareció prisión que campamento.
Entre las gasas límpidas y azules
de aquel día sin par, sonaba el eco
de misteriosa marcha;
lentamente se internan en el hueco
de aquellos peñascales;
brillan los cascos cual menuda escarcha,
y mudos los clarines y atabales,
para no despertar al enemigo,
van ganando la cima sin testigo.

Paréceme un volcán la abrupta cumbre,
que amontonando lágrimas y lavas,
presto va a vomitar un mar de lumbre
desde la gran meseta de las Navas,
cuando choque en aquellos pedernales
el bien herrado casco
del fogoso caballo del rey vasco.

Ya estamos en la cúspide preciosa.
Mirad la suspirada
meseta de las Navas de Tolosa.

Ved próxima acampada
la negra turba que aguardaba ansiosa
la voz, para lanzarse por sorpresa
sobre la santa y codiciada presa.

¡Horror! Gritó el espía,
del campo de Enacer, y como un rayo
va a anunciar el peligro que veía.

Una corriente de letal desmayo
circula por las venas
de las traidoras huestes agarenas.

Se escucha unos momentos la algazara,
salvaje griterío
de un puñado de moros que tomara
con gran derroche de armamento y brío
del Ferral el Castillo, que por vano
ayer abandonara el Rey cristiano.

La Santa grey acampa en la llanura
que el cielo les despliega;
por momentos el triunfo se asegura,
el entusiasmo de la Fe que es ciega
no les permite ver que hacia la cima
el enemigo artero se aproxima.

Eleva a Aláh sus agitadas manos
y brutal se dispone a la batalla;
quiere impedir levante sus reales
la hueste advenediza de cristianos;
pero es soñar, su resistencia falla,
y acampan a pesar de sus rivales.

Se agita convulsiva la morisma
como enjaulada fiera;
la turbación y el cisma
entre beyes y tropas les sincera
del alocado intento
de lanzarse a la lid en el momento.
Se mueve como un mar embravecido

vagando por doquier el oleaje;
vuelan al frente ochenta mil caballos
en azarosa confusión y ruido
de atambores y atávico lenguaje.
Y se aprestan humildes los vasallos
a la fatal contienda
amurallando del Sultán la tienda;
y se ordenan en número infinito
muslimes, berberiscos y almohades
al esforzado grito
del emir más feroz de las edades.
Ya reculan, ya avanzan los espías,
abriéndose camino con la flecha,
cual midiendo terreno y valentías...
mas inútil pensar en abrir brecha;
son bosquejos de lucha, son chispazos
del gran volcán que cuando franco estalle,...
tropas, beyes y tiendas, en pedazos,
entre arroyos de sangre irán al valle.

Pero el campo de Cristo no se azara,
y con la calma del valor opina
que ante todo a su Dios se eleve el ara;
que descansa la tropa que camina;
y estudiada de asiento la pelea
será seguro el triunfo de la idea.
Y el monte se convierte en un santuario,
entre las lanzas el incienso humea,
y en la hoguera que sirve de incensario

se forjan para Dios los corazones
de aquellos esforzados campeones.

Forman corte al Prelado Toledano,
Arnaldo, el elocuente de Narbona,
el sin par Berenguer de Barcelona,
el de Avila, Sigüenza, y el anciano
Señor de Tarazona.

Y cuando el sol declina
y el vistoso crepúsculo enrojece
de carmín las bruñidas armaduras,
el templo del espacio se enaltece;
luce el Cielo sangrientas colgaduras,
como si el sol quisiera
convertirse en la eúscara bandera.

Van pasando las horas de la noche,
con ansia de lanzarse al enemigo
en medio de un derroche
de elocuentes arengas, que doquiera
improvisa el valor de D. Rodrigo.

—«¡Hijos míos!... Llegó la feliz hora
de limpiar nuestra patria mancillada;
lavándola con llanto y sangre mora
para volverla a Dios inmaculada.

Empezad con los ojos el combate;
no temáis esa cifra sin medida,
en cuya abolición está el rescate
de la Fe, de la Patria y de la vida.

¿Qué importa ese vaivén de batallones

que se apiñan en círculos estrechos?
Si en toda buena lid los corazones...
no se cuentan, se pesan, y los pechos
de todo ese gentío,
sin la gracia de Dios, son un vacío.

Con heroico desprecio habéis mirado
las extranjeras huestes que han huído,
arte oculto de Dios que no ha querido
ver vuestro honor por nadie cercenado.

No olvidéis esa noble valentía,
ni dejéis que vacile la victoria;
no peligre un momento la hidalguía
de todos vuestros nombres en la historia.

Es glorioso morir; pero no quiero
confundáis la victoria con la muerte;
es más alta, es divina vuestra suerte;
es preciso lograr un triunfo entero.

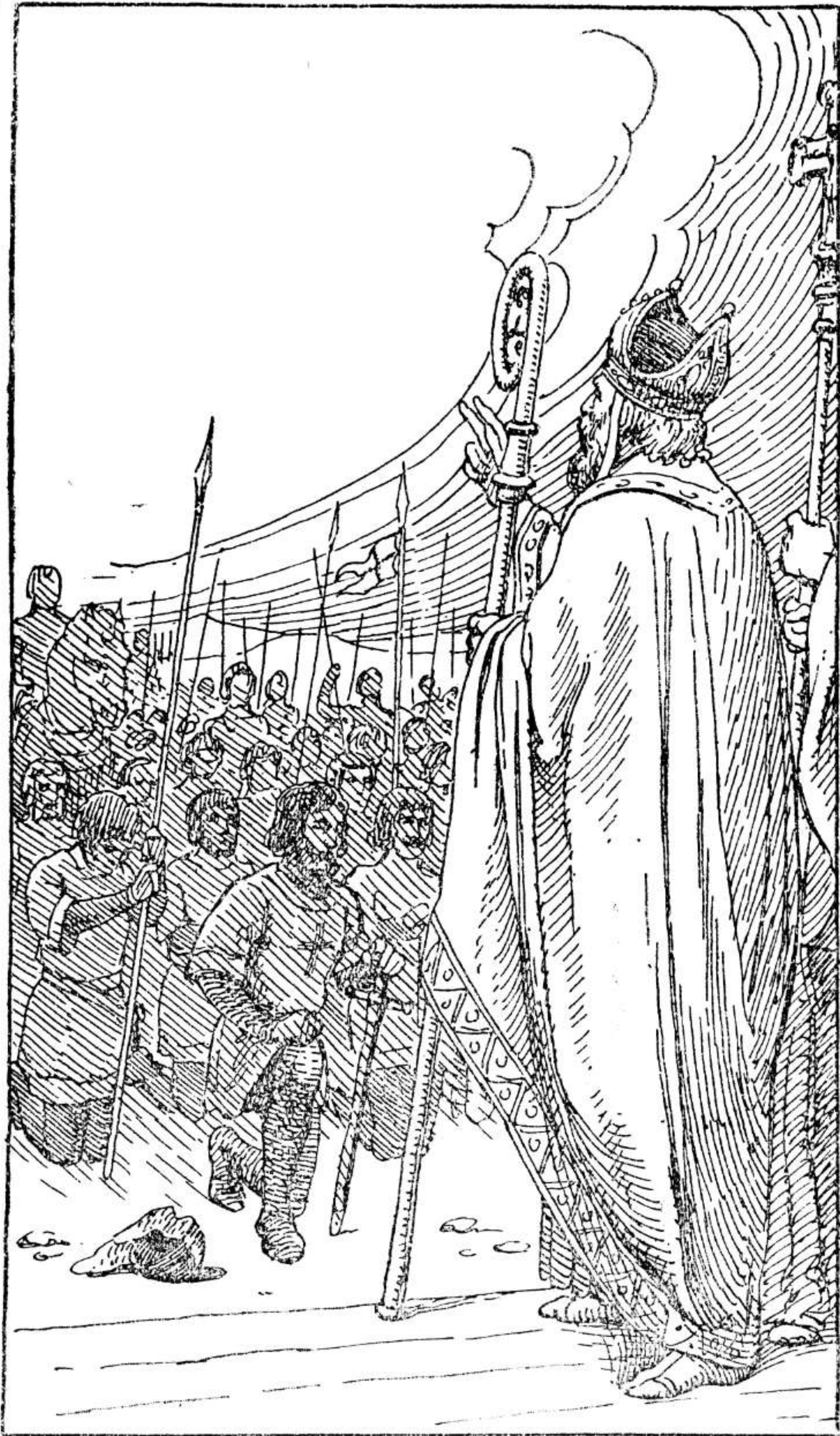
Dios nos llama a barrer esa canalla;
y no viérais aquí, si así no fuera,
los ministros de Dios con la bandera,
a vencer o morir en la batalla.

¡Adelante, a la lid, queridos míos!...
El Angel del Señor está mirando,
y en su libro eternal está notando
los hechos y los nombres
de aquellos esforzados poderíos, (bres».
que han de admirar los genios y los hom-

—Algo así el Arzobispo de Toledo

sin duda les diría,
hacia los Cielos levantando el dedo,
con aquel fuego que en su pecho ardía,
do luz tomó sin duda la mañana
para arrojar el suspirado día
de la sangrienta lucha sobrehumana.





levanta al Cielo su potente mano,

CANTO IX

SUMARIO.—El memorable 16 de Julio.—
Misa de campaña.—Comunión
de los Cruzados.—Orden de ba-
talla.—Disposición del campo
mahometano.—La tienda de
Enacer (El verde).

Era al nacer de una alborada incierta,
del 16 de Julio, eterno día,
que bañaba en policromos cambiantes
el indeciso ambiente
con tonos de oriambar y peonía,
cuando a los ecos del clarín de alerta
se aprestaron las armas; por instantes
electrizada de valor la gente
se animan los cuarteles,
y piafan intranquilos los corceles.

Como hispano pendón el horizonte
dilataba sus fajas de oro y grana,
y en la sublime cúspide del monte

erigido el altar sonó la diana
con bélico artificio,
y empezó D. Rodrigo el Sacrificio...
El Sacrificio augusto do se ofrece
la Víctima preciosa,
es el acto primero a que obedece,
el triunfo de las Navas de Tolosa.

Brilla la luz con virginal pureza
bañando aquel santuario,
y cuando la Hostia a levantarse empieza,
oscila el sol cual péndulo incensario,
reflejo del gran Astro de justicia,
que esconde entre celajes su grandeza;
que inflama el corazón de su milicia,
cuando al llegar el celestial momento,
reciben el augusto Sacramento,
doblando la rodilla
delante del Cordero sin mancilla.

El Prelado en estática plegaria,
como sombra del Papa soberano,
levanta al Cielo su potente mano,
y a todos da la absolución plenaria,
y otros favores que en tan santo día
Inocencio Tercero concedía.

Señalando el Prelado al enemigo
algo del alma, aterrador, les dice
y con gesto de Padre les bendice,
terminando su arenga D. Rodrigo.

Se oye la voz de mando, las legiones

ocupan sus lugares,
los monarcas despliegan sus pendones,
luciendo entre brocados singulares,
que el sol enaltecía,
la inmaculada imagen de MARÍA.

A la diestra del bravo Castellano,
el héroe de la lid D. Sancho el Fuerte;
y el genio vencedor que no desmaya,
aunque se viera esclavo
de desdichada suerte,
el caudillo invencible de Vizcaya,
D. Diego López de Haro
marcha al frente, teniendo por amparo
la punta de su lanza
y en su pecho un amor y una esperanza.

Brillan al sol los nítidos almetes
de los *gentiles-homes*, caballeros
del Temple y de Santiago y Calatrava;
espolean al bruto los ginetes,
y le animan con gritos lisonjeros,
y prestos los vasallos
van llenando de flechas el aljaba
y ciñendo el petral a los caballos.

El valiente Prelado D. Rodrigo
a todos sus Obispos acompaña,
y así ordenado el plan de la campaña
se paran frente a frente al enemigo.

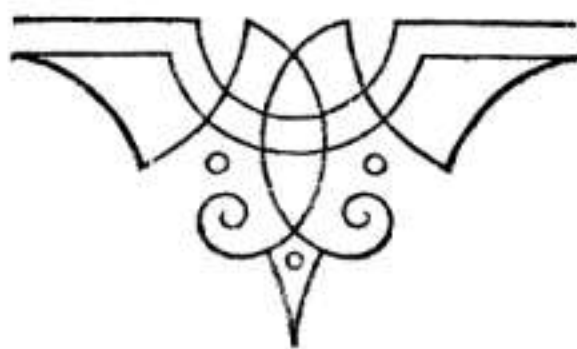
El bárbaro islamita

desconcertado advierte
la táctica exquisita
que reina en las cristianas posiciones;
y teme por la voz de Sancho el Fuerte
que rasgó tantas veces sus pendones.

Y Mahomed, cubierto de riqueza
con su alquifara llena de primores,
ciñendo su cabeza
el precioso turbante de más gala,
cuajado de esmeraldas y labores,
con perlas y corales de Bengala,
y gran cerco de trompas y atambores
para unir a la rica pedrería
el lujo de selvática armonía:
el terrible Enacer, fijó su tienda
en un central collado,
dominándolo todo, que se entienda
que él es de su Profeta el enviado.

En torno de su espléndida persona
se amarran con dos cercos de cadenas
y rígidos puntales
una serie de bárbaros negrazos,
vasallos muy leales,
gigantes que alimentan en sus venas
un virus infernal, y harán pedazos
al temerario que romper pretenda
el vivo valladar de aquella Tienda.
Desde aquella acerada y tosca malla
de cadenas, de negros y saetas,

se entera el gran Sultán de la batalla,
órdenes manda por doquier secretas
y cubierto de raso el campamento
para que el sol no turbe el pensamiento
dirige desde el alto
la decisiva marcha del asalto.



CANTO X

SUMARIO.—Momento supremo.—Choque de los dos ejércitos.—Resistencia feroz del Islamita.—D. Alfonso pelagra en un mal paso.—Desaliento del Monarca Castellano.—D. Sancho enciende el valor de sus valientes.—D. Sancho arremete con su puñado de navarros...—Arrolla el parapeto de moros y cadenas... Espanto de los moros.

El campo de la luz está agresivo,
anhelando romper con las palpables
tinieblas, que en espanto convulsivo
se agitan espantables.

Descarga el sol de su inflamado trono
un torrente de fuego y de vislumbres,
que aumentan en las tropas el encono
y permite contar las muchedumbres.

Del Angel la trompeta en las alturas,
se dejó oír, repercutió en el alma
cautiva en las cristianas armaduras;
corrió la voz y se perdió la calma.

El momento llegó...!!! No hay arpa hu-
ni humana fantasía, (mana
que aquel momento cante;



pasa feroz y todo lo avasalla;

ni el célico cuadrante
ha visto otra mañana,
que arroje de su seno
más luz y valentía,
más gloria para el bueno,
ni mayor descalabro al agareno.

El momento llegó... de los clarines
y cajas y atabales y gargantas
sonó la voz de avancen; dando al viento
las erizadas crines
se lanzan los caballos,
y las enseñas santas
repiten el acento
al desplegarse al aire;
y todo aquel gentío
con su marcial donaire
va derrochando brío
y arrollando al obscuro poderío.

Responde el mañometano
con mil horribles ruidos
de adufes y anasiles,
salvajes alaridos,
cual silbo de reptiles;
y todo el campo atruenan
con aquella hazañera vocería
sin que se advierta si los gritos suenan
a costumbre, a pavor o valentía.

Levantán los cristianos

al Cielo todos suplicantes manos;
su corazón a la plegaria abierto,
pues que su causa sola
les lleva a aquel combate,
de él esperan arrojo y el acierto
para acallar la negra batahoia,
y conseguir el español rescate.

Pero el Cielo da riendas a la lucha,
el protervo más ánimo recobra;
parece que un momento Dios no escucha,
y D. Alfonso vaga en la zozobra.

El bravo de Castilla
galopando el corcel se va a un barranco,
que su valor humilla;
y una turba de alarbes se amontona,
soñando arrebatarle la corona.
Vacila todo el flanco,
y cada hispano que a su rey se adhiere
entre las flechas agarenas muere.

Fué alarde temerario,
que el Cielo permitiera,
para ruina mayor del adversario
que de otro modo sin luchar huyera.

El osado Monarca, como pudo
se salvó de la bárbara mesnada;
defendiendo su faz con el escudo
y segando cervices con la espada.

Llegado al Arzobispo D. Rodrigo

—«*Muramos*»—exclamó—y el gran Prelado,
más aguerrido que el primer soldado,
á pesar del furor del enemigo:

—«*No moriremos—respondió—mas antes
venceremos, Señor*» que el Cielo basta
para acabar con la agarena casta.

Ignoraba tal vez Alfonso octavo
que el genio de las lides,
el gran D. Sancho el bravo,
tendrá valor bastante
para salir triunfante
de los almoravides
y terminar de un tajo
aquella raza intrusa y denigrante
que costó tanta lágrima y trabajo.

Arenga a su puñado de valientes:
—«En vosotros radica la esperanza,
la nación y la Iglesia están pendientes
de vuestra bizarría;
sois llamados por Dios a la venganza
de nuestra Fe ultrajada;
y a vosotros tan sólo se os confía
misión tan delicada.

¡Hijos míos, besad vuestra bandera...!
Primero que dejaría al adversario
que todo el mundo muera,
y que a todos nos sirva de sudario,
que por algo nos muestra por remate
esa Cruz que es la vida y el rescate».

Dijo en su acento de marcial arrojo,
y el blanco potro cordobés herido
del dorado acicate, no halla abrojo;
como un rayo en el vértigo perdido
pasa feroz y todo lo avasalla;
impávido el jinete
al cerco de cadenas arremete,
fuerza, corta, deshace la muralla
y entre un montón de carne y eslabones
pasa impune el titán de los Vascones,
ganando con su empuje la batalla.

.

El Miramamolín no vió de espanto
aquel caballo convertido en fiera;
pero su horror fué tanto
al verse arremetido,
que entonces, si pudiera
su negra tez cambiar, palideciera.

El raso del carmín de la techumbre
se deshizo en girones, como alfombra
por donde corre, vuela,
cual ráfaga de lumbre
que al que no mata asombra,
el triunfador que azuza
a su nervioso bruto,
dejando por do cruza
una terrible estela
de sangre, de gemidos y de luto.

Se desploma aquel solio improvisado,
joyel de galas, dos minutos antes,
y rueda por el suelo abandonado
el Korán con el aureo paginado,
carcajes, alquifaras y turbantes.
Mas no basta; el Sultán era su sueño,
y aunque entre peñas huya,
y todos sus vasallos,
encuentren, en la fuga de su dueño,
razón para la suya,
y acosen sus caballos,
y en medio del bosque
pueda temer un ímpetu salvaje,...
D. Sancho, no se apura
y entre brezales y rodada piedra
le sigue hasta perderse en la espesura.



CANTO XI

SUMARIO.—D. Sancho regresa de su persecución a Mahomed. — Botín inmenso. — Aspecto del campo de batalla! — La Noche. — ¡Cantad al Vencedor. — Origen del Escudo de Navarra.

Deshumorado y triste
de no alcanzar al prófugo cautivo,
el triunfador desiste;
y entre enojado, fiero y pensativo
por dejar escapar tamaña presa,
de nuevo al campo del honor regresa.

El botín es inmenso y de justicia:
relinchan por doquier despavoridos
corceles berberiscos y andaluces;
las tiendas son palacios reducidos;
las armas de la islámica milicia,
teñidas y deshechas,
se pueden divisar entre las luces
de hogueras gigantescas, do se abrasa



En el altar del campo D. Rodrigo

un sin fin de jaeces, lanzas, flechas
que dieron harta brasa
para cantar con llamas la victoria,
y reducir a escoria
aquellas armas viles
que hirieron de Cruzados tantos miles.

Se amontonan riquezas y pendones,
de aquellos adversarios,
harneses y trotones,
y millares de lentos dromedarios...
y vuelven a tomar sus posiciones.

En el altar del campo D. Rodrigo
llena de ardor el corazón de todos,
y pinta de mil modos
cómo su alma y el Cielo son testigo,
de célicos favores
en pro de los devotos vencedores...
y cómo allí se ha visto
la Inmaculada y el poder de Cristo.

Y en medio de trompetas y clarines
resuena el Himno que la Iglesia Santa
a tan solemnes fines
consagra; y toda la Cruzada canta,
y vivas y clamores
dirigen al Señor de los Señores.

El astro abrasador de aquesta fecha,
de singular memoria,
fatigado tal vez de tanta gloria,
como fénix herido de una flecha

vaciló en aquel mar de sangre y lloro
y al fin cerró sus párpados de oro.

La solícita sombra de la noche
corrió a cubrir con impalpable luto
aquel campo marcial, mientras el cielo
apresta el gran derroche
de vívidas antorchas, que el tributo
rindan de amor al mártir abnegado,
que a la espada y la cruz murió abrazado.

Agita en un cantar Sierra Morena
el abrupto ramaje de su falda,
y dominando el ara está la luna,
que ya figura palidez de pena,
envuelta en nubecillas soñadoras,
ya un querube tejiendo una guirnalda
para ceñir las sienes vencedoras;
y cuando al fin desata
el nacarino lazo de su seno,
y un torrente de aljófar y de plata
corre de ensueños y salmodias lleno,
el astro al parecer su vuelo abate
y extático se para
como buscando vida,
en donde estuvo el ara,
que a todos dió valor para el combate;
cual Hostia de los cielos suspendida,
cual imagen sutil del Sacramento
expuesto en el altar del campamento.

Cuando el Cielo se pone por delante,
y un *Fuerte* encarna la celeste idea,
no hay alfanjes, ni hierros ni turbante,
la santa Cruz campea;
si precisa el milagro, no escasea...
Más temibles que lanzas y eslabones
son las fieras que esconde la espesura,
y Daniel hizo suyos los leones
que deponiendo su feroz bravura
su pie desnudo lamen con ternura.
¡Qué tesoro de gloria y añoranzas,
halló Navarra en la feliz empresa,
de cercenar las moras esperanzas,
y de volver ilesa
la fe de sus vascones
bordada de gloriosas tradiciones!

El botín de la gloria es la riqueza
más pura y más preciosa,
que consiguió la eúscara proeza
en su hazaña de Navas de Tolosa.

El genio luchador, el bravo, el *Fuerte*,
que en africana y ruda cacería,
luchó con un león y le dió muerte; (5)
que en su mercado día,
derribara el islámico baluarte,
tienda, Korán, cadenas y estandarte,
no ha de buscar añejos pergaminos
para encontrar escudo;
los célicos destinos

con su pensar sereno,
le marcan el blasón sobre el terreno.

Un cerco de cadenas,
en medio erguido el Enacer, (el Verde
por ceñir de esmeralda sus melenas)
todo bañado en sangre, cuando pierde
por fin su honor la infausta cimitarra...
Ved el blasón de la inmortal Navarra.

Cadenas y albedrío
con venerandos Fueros
son timbres verdaderos
de santa libertad y poderío.





mientras arde en Baeza la mezquita,

CANTO XII

SUMARIO.—El triunfo avanza por Andalucía.—Arde la mezquita de Baeza.—Rendición de ciudades.—Ubeda pretende comprar la paz con oro.—Regreso de los Monarcas a sus estados.—D. Sancho en Navarra.—Las cadenas de las Navas.—Navarra las considera como el mejor timbre de gloria.—Vitores al gran D. Sancho.

La hueste vencedora,
sin recoger a penas los laureles,
la enseña Redentora
clavó sobre los árabes cuarteles;
y derrochando fresca valentía,
fué arrollando la alarbe Andalucía.

El pánico se mece,
con su helado mirar, sobre ese imperio,
que trémulo fenece;
concentra aquel poder que titubea
al lado de su trono;

llama a Túnez y a Fez a la pelea
arroja combustibles a su encono,
y cual postrer esfuerzo por la idea
se ven en las ciudades
solo niños, ancianos y beldades.

Con más fragor y brillo
que resbala el zig-zag del meteoro
arrastra, despreciando lauros y oro,
el chispeante carro
de la victoria el inmortal navarro.

Al fascinante paso
de la triunfal carroza,
quedan desiertas tímidas las villas,
el palacio, el alcázar y la choza,
se dirían medrosas avecillas,
que al llegar de la luz el tibio ocaso,
buscan el nido do su amor reposa,
y escapan del halcón que las acosa.
Se humillan a su acero
Bilches, Ferral y Baños y Tolosa;
no encuentra el dardo fiero
ni un pecho mahometano
en la marcial Baeza;
porque al fragor cercano
del rayo de grandeza
todos huyen y en Ubeda se aduna
todo el poder que da la media-luna.

¡Adelante! sin tregua en la carrera;

mientras arde en Baeza la mezquita,
dejando aquella hoguera
como horrendo pendón, se precipita
la acalorada hueste
donde sus fuerzas el Sultán apueste.
Salva su audacia de Ubeda los muros
y al verse los magnates inseguros,
se postra al vencedor humilde el moro
para comprar la paz con doblas de oro.

No cabe ese concierto;
proposición infame,
aunque todo el tesoro quede abierto
y entreguen cuanto la ambición reclame...
No sale el gran monarca de su pasmo,
es temor, ceguedad, pueril anhelo
satánico sarcasmo
querer Mahoma sobornar el Cielo!!

El triunfo es ya total: sobre las Navas
se abatieron las armas y pendones,
y en Ubeda las almas son esclavas.....
que entregan a merced sus corazones.

En medio de aquel nimbo de grandeza
termina la Cruzada;
orden los Reyes dan de retirada,
y a sus hogares el desfile empieza. (6)

.
.

Salgamos a la senda victoriosa
del inmortal D. Sancho que regresa
de su aguerrida empresa,
y cubramos de lauros y de rosa
el áspero camino,
ya que fué brazo del poder divino.

La trompa de la fama
llenó de su heroísmo las regiones
del mundo de la Fe; la tierra toda
que con Cristo-Jesús espera y ama
aclama al vencedor, le llama hijo
y no hay acorde sin cantar su gloria,
ni trovador sin oda
y fuera alarde sin igual prolijo
cual pretender aprisionar los mares
el condensar las trovas y cantares
consagrados al triunfo sin segundo
del más audaz batallador del mundo.

Y como deja un astro resplandores,
y el mar corales y la fuente arrullos
y la gentil crisálida capullos,
como mayo a su paso deja flores...
por donde fué pasando
D. Sancho con sus lauros, en girones
la gloria va dejando:
banderas y eslabones
lo mejor de sus hondas emociones.

En Pamplona, en Irache y en Tudela

en castillos, alcázares, santuarios
va dejando de glorias una estela;
cual rauda carabela,
que triunfante de déspotas corsarios,
se deja por los mares
los ecos de sus líricos cantares.

Y Navarra besó los eslabones
en que lloró la religión cautiva;
y unidos los navarros corazones
según ellos están en la cadena,
si una extraña afición no la envenena
no se verá ni un alma fugitiva
de aquellos ideales
que defendieron Sancho y sus leales.

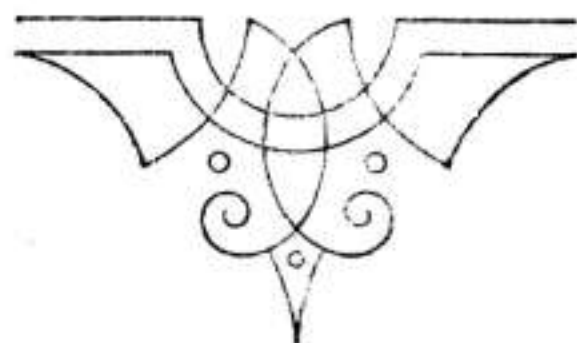
Y Navarra besó los eslabones,
y de pie en su alegórico obelisco,
sosteniendo huracanes y ciclones
como Sancho el empuje berberisco,
de pie sobre esa aguja
de bien labrada piedra,
que en el navarro cielo se dibuja,
con aire de una Fe que no se arredra,
en nombre de su hijo
habló desde el osado monumento
y enternecida dijo:

«Defended el blasón que hoy os presento».

Y aún sigue en pie sobre la audaz palestra
y con valor rayano en lo infinito
impávida demuestra

a sus invictos hijos del Pirene.
la *Ley Foral* que su valor sostiene.

Un himno al Vencedor entone el mundo,
desde el humilde líquen, que verdea
en las peñas de Losa, hasta el profundo
antro de perlas del inmenso océano,
que cantó en aquel día la odisea
de Sancho y de sus bravas
huestes, viniendo con las manos llenas
de lauros y cadenas
del conquistado campo de las Navas.





Apoteosis de Sancho el Fuerte

APOTEÓSIS

¡Hosanna al Vencedor! ¿No véis la aurora,
cual surtidor de lumbre y de colores,
salvar furtiva la celeste almena,
brincar de gozo y prodigar loores
al alma triunfadora,
que ha roto esa cadena,
que a seis generaciones,
amarró con sus graves eslabones?...

La Fe que puede trasladar los montes,
será el angel, auxilio del poeta,
que, cruzando centurias y horizontes,
coloque la meseta,
de las Navas... aquí sobre el espacio,
suspendida de fibras eternas
del árbol del Edén, como un palacio
encantado, que flota en los cristales
de un impalpable mar... y allí, entre aroma,

improvisar de luces el proscenio,
do hacer la apoteósis de ese genio,
que rompió las cadenas de Mahoma:

Una matrona, la inmortal Navarra
abrumando su planta de desdenes
la corva cimitarra,
llevando en una mano la cadena,
tendrá la diestra de laureles llena,
en ademán de coronar... las sienes
del héroe, que indicando no ser nada,
señalará los cielos con su espada.
Y en torno de la propia alegoría,
luciendo sus dalmáticas, de perlas
bordados de Navarra los Castillos,
mil tiernos pajecillos,
con flores de Jaén, para ponerlas
al pie del más audaz de los caudillos.

Y el navarro Arzobispo D. Rodrigo
mirando a Sabaoth, en las alturas
levantando el patriota López de Haro
la fimbria de sus sacras vestiduras,
agradeciendo el celestial amparo,
en contra del satánico enemigo
llenará aquel ambiente, azul, inmenso
con amplias nubes de aromoso incienso.

Y el arte de Navarra, que atesora
lo más dulce en la humana melodía,
improvise raudales de armonía,

como los lanza de su luz la aurora,
resonando en los campos y en los lares
las trovas de sus épicos cantares.

Y sirviendo de fondo en el ambiente,
el sangriento pendón de la conquista,
do misteriosa mano se presente
bordando con finura nunca vista,
bajo una regia sin igual guirnalda,
las eternas cadenas y esmeralda
del más glorioso escudo,
que a sus hijos D. Sancho dejar pudo.

Y así entre aromas, músicas y flores
honrado de tal suerte,
aparezca entre eternos resplandores
el titán de las Navas, SANCHO EL FUERTE.

FIN

NOTAS

CANTO I. (1).—Si tuviereis Fe, siquiera como un granito de mostaza diríais a ese monte, pasa allá y pasaría.

Si habueretis fidem sicut granum sinapis dicetis monti huic: Transi hinc illuc et transivit. (MATH. XVII, 19).

(2).—*Militia Hominis super terram.*—La vida del hombre sobre la tierra es una lucha.

CANTO III. (3).—Es muy probable que la batalla de Clavijo sea la misma de Albelda; esto, no obstante, es muy probable la aparición de Santiago, en cualquiera de las formas de que el Cielo se sirve para las apariciones. De aquella época data el célebre voto a Santiago. La crítica ha dejado muy mal parado este asunto, negando la batalla y negándolo todo, por el mero hecho de ser falso el llamado tributo de las *Cien doncellas*. Sea lo que quiera, hemos optado por seguir las tradiciones cristianas, ya que nuestro humilde trabajo está más llamado a cantar la Fe que a seguir la negación maniática de todo lo que entraña glorias para el cristianismo.

CANTO IV. (4).—*Enacer* es uno de los nombres, que daban a Mahomed o Mohamad, hijo de Aben-Jacub; dicho nombre en Arabe *el Verde* se fundó seguramente en el precioso turbante verde que usaba, todo cuajado de esmeraldas.

CANTO XI. (5).—Durante su estancia en Africa debió darse con alguna afición á la caza mayor. En un relieve de Sta. María de Pamplona, dice el P. Moret, entre las labores que adornan la entrada a la capilla de la Barbazana, a una estatua de S. Pedro sirve de pedestal una piedra muy bien labrada que representa a Sancho VII, luchando con un león de gran corpulencia al que clava la espada, a guisa de rejón, hundiéndola hasta la empuñadura. También figuran allí las cadenas que más tarde ganó en las Navas. Lo que demuestra que el trabajo debió hacerse para conmemorar este hecho, y demostrar lo muy apropiado del sobrenombre EL FUERTE.

CANTO XII. (6).—Entre los despojos de la batalla, Don Diego López de Haro encargado de hacer la distribución, adjudicó a los Reyes de Navarra y Aragón lo que se hallaba dentro del palenque del Miramamolín. D. Sancho no tuvo otra ambición que la de la gloria, trayéndose las CADENAS, que en unión de la esmeralda, en el centro, como recuerdo de *Enacer*, forman su glorioso Escudo.

D. Alfonso Octavo se llevó el Korán y el estandarte principal, que hoy se conservan en las Huelgas de Burgos, repartiendo el resto del Botín, según los méritos militares, en el campo.

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
DEDICATORIA a la Exema. Diputación de Navarra . . .	5
PRÓLOGO.	7
PRELUDIO (Sumario).—INVOCACIÓN.—S. Miguel in Excelsis —Llor al Custodio de las Tradiciones Vasco-Navarras	11
CANTO I. (Sumario).—La Fe y el Islamismo.—Hay que luchar —Eternidad del premio.—Cielo cristiano y Cielo mahometano	15
CANTO II. (Sumario).—La Cruz y la media-luna.—Eternos rivales.—Imposible la paz.—San Miguel in Excelsis me descubre la protección de María.—Plegaria de la Inmaculada a su divino Hijo, por España y especialmente por Euzcadi	22
CANTO III. (Sumario).—España minada por el Mahometismo se lanza a sacudir el yugo.—Pelayo, los Alfonsos, Fruela, Clavijo.—El Afranc (Euzcadi)	31
CANTO IV. (Sumario).—El aguerrido Sancho VII.—Tan guerrero como tierno de corazón.—Muestra, su último idilio con Kelmira.—La insta al bautismo.— Legados de Navarra	33
CANTO V. (Sumario).—Regresa D. Sancho a su patria.—Regalos del Sultán interesado.—D. Sancho en Tudela.—Se inicia una campaña final contra los mahometanos.—D. Sancho ofendido, lucha consigo mismo al deber auxiliar a D. Alfonso.—Triunfa su adhesión a la Fe	46
CANTO VI. (Sumario).— El año 1212.—El Pontífice publica la Cruzada contra los Mahometanos.—Se adhieren a España otras naciones.—Campamentos en Toledo.—Se extienden por las riberas del Tajo.—D. Sancho elige lo mejor de sus huestes.	53

	<u>PÁGS.</u>
CANTO VII. (Sumario). — El gran López de Haro. — Toma de Malagón. — Paso a Calatrava. — Se disgustan los extranjeros regresando a sus países. — Se incorpora Don Sancho con sus valientes. — Entra en Sierra Morena. — Imposible avanzar. — El Miramamolín canta victoria	58
CANTO VIII. (Sumario). — Dios no puede abandonar a los suyos. — D. Sancho acude al Cielo. — El pastor Martín Halaja. — Los cristianos hallan el camino hasta la cumbre. — Desaliento en el enemigo. — Los cristianos se disponen sin precipitación para la lucha. Arenga del Arzobispo	66
CANTO IX. (Sumario). — El memorable 16 de Julio. — Misa de campaña. — Comunión de los Cruzados. — Orden de batalla. — Disposición del campo. — La tienda del Miramamolín. — Enacer (El Verde).	79
CANTO X. (Sumario). — Momento supremo. — Choque de los dos ejércitos. — Resistencia feroz del enemigo. — D. Alfonso peligra en un mal paso. — Desaliento del Monarca castellano. — D. Sancho enciende el valor de sus valientes. — D. Sancho arremete con su puñado de Navarros — Arrolla el parapeto de moros y cadenas. — Espanto de los moros.	84
CANTO XI. (Sumario). — D. Sancho regresa de su persecución a los fugados. — Botín inmenso. — Aspecto del campo de Batalla. — La Noche. — Cantad al Vencedor. — Origen del escudo de Navarra	92
CANTO XII. (Sumario). — El triunfo avanza por Andalucía — Arde la mezquita de Baeza. — Rendición de ciudades. — Ubeda pretende comprar la paz con oro. — Regreso de los Monarcas a sus estados. — D. Sancho de Navarra — Las cadenas de las Navas. — El monumento a los Fueros. — Pamplona. — Vítores al gran D. Sancho.	101
APOTEÓISIS.	109
NOTAS.	113

Imprenta y Librería Montserrat

Herederos de J. Roca y Bros

— Fernando VII, 43.- Barcelona —

LIBROS PARA PREMIOS

Biblioteca para los niños

Tomo I.—Flores y perlas.

Tomo II.—Rosas y jazmines.

Tomo III.—Oro y brillantes.

Tomo IV.—Soles y estrellas.

Todos los tomos están adornados con multitud de grabados, siendo bonita y rica la encuadernación.



Biblioteca Estrella

Tomo I.—Las guindas.

Tomo II.—El petirojo.

Tomo III.—El nido del pájaro.

Tomo IV.—La torta.—Los cangrejos.

Tomo V.—El camino de la virtud.

Preciosísimos tomitos con excelente encuadernación.



Biblioteca Moral y Amena

Tomo I.—El niño perdido.

Tomo II.—Un día de felicidad.

Tomo III.—No me olvides.

Tomo IV.—Los huevos de Pascua.

Tomo V.—La ignorancia castigada.

Tomo VI.—Fruta sabrosa.

Tomo VII.—Manojo de flores.

Tomo VIII.—Escenas familiares.

Interesantes libros aprobados por la Autoridad Eclesiástica, muchos de los cuales han merecido el honor de ser traducidos en casi todos los idiomas. Los ilustran gran número de grabados, siendo bellísima la encuadernación con planchas doradas.



Biblioteca Rosa

Tomo I.—El rosal.

Tomo II.—El pequeño Enrique.

Tomo III.—El corderito.

Tomo IV.—Los dos hermanos.

Estos tomos están adornados con profusión de grabados, siendo la encuadernación muy vistosa, con planchas en oro y colores.



Biblioteca Rica Moral Recreativa

Colección de novelitas

escritas por el célebre Canónigo Cristóbal Schmid

Tomo I.—La Guerra Santa.

Tomo II.—Eustaquio.

Tomo III.—Itha, Duquesa de Toggenbourg.

Tomo IV.—Agnés, la joven tocadora de laúd.

Tomo V.—La buena Fridolina.

Tomo VI.—El Cortijo de los tilos.

Tomo VII.—María ó el Cestillo de flores.

Tomo VIII.—La Cartuja.

Tomo IX.—El Joven ermitaño.

Tomo X.—La Guirnalda de Vidarria y El Incendio.

Tomo XI.—Hirlanda, la joven condesa de Bretaña.

Tomo XII.—Cien nuevos Cuentecitos.

Tomo XIII.—Cien Cuentecitos más.

Tomo XIV.—La Noche Buena.

Magníficos tomos en 4.º con clara y esmerada impresión, excelente texto é ilustraciones de celebrados artistas. Las cubiertas son preciosas, con dorados y planchas alegóricas.



Biblioteca Diamante

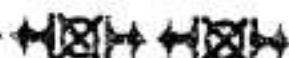
Tomo I.—La Barca del Pescador.

Tomo II.—Genoveva de Bravante.

Tomo III.—Viajes de instrucción y recreo, por Europa y América.

Tomo IV.—Historia de Cataluña. Sus monumentos, sus tradiciones, sus artistas y personajes ilustres.

Las obras que componen esta Biblioteca son de gran tamaño, magníficamente ilustradas con dibujos de celebrados artistas, y rica y modernista encuadernación.



Biblioteca Esmeralda

Tomo I.—Pura Alegría.—Narraciones populares.

Tomo II.—La hija de un héroe de Lepanto.

Tomo III.—La Cruz y la media luna.

Tomo IV.—Páginas doradas.

Tomo V.—Almas grandes y almas pequeñas.

Para que se convenzan de la esplendidez con que están presentados los tomos de esta Biblioteca, rogamos que se adquiriera un ejemplar de los mismos.



Galería Histórica

Tomo I.—Los sitios de Zaragoza.

Tomo II.—El Gran Capitán.

Tomo III.—Un rey glorioso.

Tomo IV.—Los grandes marinos.

Preciosos tomitos, profusamente ilustrados, con magnífica encuadernación.

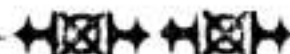


NOVELITAS PIADOSAS, MORALES E INSTRUCTIVAS

La venganza de un judío, *por el abate G. Guenot*.—El sabio y virtuoso Cardenal Wiseman, autor de la Fabiola y otras obras que le han hecho célebre, ha sido uno de los más ardientes propagandistas de la novela del abate Guenot que anunciamos.

Tres novelitas.—DEL INFIERNO AL PARAISO.—PAN Y QUESO.—UN MANUSCRITO DE FAMILIA, *por el Padre J. J. Franco de la Compañía de Jesús*.—El ilustrado Padre Jesuíta, Autor de estas tres novelitas, es sobradamente conocido en el mundo de las letras para que sus obras necesiten recomendarse. Todas llevan un sello especial que las hace interesantísimas, bastando hojear las primeras páginas de las mismas para que el interés del lector vaya en aumento y no las suelte hasta haberlas leído completamente.

Las tres novelitas encuadernadas en un tomo.



Vida de San Luis Gonzaga, *por el P. Tavini*. Edición especial para premios, con bonita encuadernación.



Devocionarios

Inmenso surtido propio para premios. Los hay con gran variedad de encuadernaciones y precios.